

POLÍTICAS DE REPRESENTACIÓN Y DESAFÍOS CULTURALES

La visibilidad de América Latina

ROSSANA REGUILLO*

“Stay out, stay alive”

LEMA DEL NUEVO OPERATIVO DE LA BORDER PATROL EN LA FRONTERA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

Autoritarismo, miedo al otro y crisis de la institucionalidad configuran, junto con otros procesos, la densa atmósfera en la que transcurre la vida contemporánea, impregnando de fatalidad el tránsito hacia el futuro.

Las torres gemelas de Nueva York se convierten en icono del colapso moderno; las torres implosionan, se quiebran hacia adentro en una alegoría terrible de la implosión de las estructuras que la modernidad levantó. La crisis de una modernidad que parece incapaz de dar respuestas a la atemorizada sociedad del siglo XXI.

Cómo colocar la pregunta por la interculturalidad sin aludir a esta atmósfera de disoluciones, de quiebres, de implosiones; cómo pensar los desafíos urgentes que para la comunicación representa potenciar los espacios de encuentro y de diálogo entre diferentes, sin aludir a los síntomas y a la legibilidad de un proyecto que expulsa, excluye y amordaza a quienes no caben

*Una de las más destacadas especialistas en los estudios multidisciplinarios en los campos de la cultura y la identidad. Profesora investigadora del ITESO y miembro de la Academia Mexicana de las Ciencias. Entre sus libros se encuentran, *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación* (Universidad Iberoamericana/ITESO, Guadalajara, 1995); *Estrategias del desencanto. La emergencia de culturas juveniles* (Norma, Buenos Aires, 2000). Este texto fue leído en la 23 Conferencia y Asamblea General, AIECS/IAMCR/AIERI, Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social, Barcelona, 21-26 de julio de 2002.

en la formulación de los parámetros de pertenencia, a quienes no reúnen los requisitos para ser considerados ciudadanos de primera.

Cómo pensar en y desde América Latina sin subvertir el relato que nos condena a ser deudores permanentes del pensamiento metropolitano, dóciles usuarios de tecnologías o exóticos informantes. “Estar en el mundo” es uno de los principales desafíos que habrá de enfrentar América Latina.

LA DISPUTA POR EL HORROR, METÁFORAS DE DISCIPLINAMIENTO O LA IDENTIDAD DEFECTUOSA

Desde hace varios años, los argentinos se despiertan cada mañana con la medición de lo que los economistas denominan “riesgo país”, cuyo contenido esotérico sólo pueden descifrar los iniciados; pese a ello, el término ha pasado a formar parte del vocabulario cotidiano. Más allá de lo elegante y críptico de la formulación, es un término que mide el desamparo y la angustia con la que mujeres y hombres se enfrentan diariamente al abismo y al temor. Hay que buscar en la prensa los datos que corroboren que ese día, al menos, el riesgo es manejable y el país, con todo lo que contiene, viable.

Colombia se ha convertido para los gobiernos y la prensa latinoamericana (y mundial) en metáfora del horror: “riesgo de colombianización”, anuncian los grandes titulares de los periódicos a lo largo y ancho de la región y ello significa caos, ingobernabilidad, violencia desmedida, narcocontrol de las instituciones, en pocas palabras, “colapso de la institucionalidad”.

Y desde hace unos meses, “argentización” es el proceso temible que anuncia el deterioro económico, la corrupción de la clase política, la inviabilidad financiera, la parálisis. El “riesgo de argentización”, se dice, es la expropiación de toda idea de futuro.

El “efecto tequila” (exportado por la economía mexicana) y el “efecto samba” (que emana del Brasil neoliberal), más que metáforas folclorizantes y reductoras, son procesos que colocan en el centro del espacio de la representación dos asuntos claves para problematizar la interculturalidad —a la que entenderemos aquí como el diálogo y la relación en condiciones simétricas entre personas, prácticas, creencias, lenguajes, productos, sociedades y procesos sociales inscritos

en tradiciones culturales diferenciadas—; éstos dos asuntos son, en primer término, la idea de “contaminación” y, en segundo lugar, la ratificación constante de que Latinoamérica es portadora de una identidad política deteriorada.

Si se acepta que la comunicación mediática es, en lo fundamental, un espacio social que autoriza o desautoriza otro, las políticas de representación de la crisis latinoamericana a través de ese espacio han contribuido a fortalecer la idea del peligro que constituyen para cada país los problemas que afectan a otro. Podría argumentarse que este fenómeno es histórico y universal, sin embargo, no se dice “españolización” para hacer referencia al endurecimiento de las políticas contra los inmigrantes, ni se habla de “francización u holandización” para aludir al fortalecimiento de las derechas radicales; en otras palabras y en términos generales, en el espacio mediático se alude a procesos problemáticos específicos cuando se trata de representar a los países metropolitanos (racismo, derechización, etc.), mientras que en el caso de las periferias latinoamericanas se acude a la metonimia (designar una cosa con el nombre de otra) como estrategia de representación. El problema no es el “problema” sino la nación entera que condensa los “horrores” económicos, políticos o socioculturales.

El principio de reducción de la complejidad con la que opera el espacio mediático aísla al tiempo que generaliza los rasgos contaminantes de ese otro expandido que es la nación vecina. Y al hacerlo, el espacio de reconocimiento no sólo adquiere una valencia negativa sino que además va filtrándose paulatina pero eficazmente el imaginario de la fatalidad. Un imaginario que al esencializar disemina la idea de una identidad política deteriorada como forma de auto y heterorreconocimiento.

En forma paralela y esquizofrénica, junto con la idea de la contaminación (que implica la huida o el rechazo del otro), emerge una problemática noción de vínculo que se genera entre la comunidad de sufrientes, el que acuerpa a una cofradía de víctimas que no logra trascender la preocupación, el sufrimiento, la crisis. Imposibilitados de huir o de extirpar el cuerpo contaminante, se produce entonces la disputa por el peor horror: la mayor violencia, las peores cárceles, la clase política más corrupta, el mejor y más astuto cartel de drogas, los presidentes más patéticos.

Así, “del pecado se hace virtud” y lo representado adquiere los tintes de una competencia cuyo principio estriba en la asunción de una identidad deteriorada.

Los efectos de estas políticas de visibilidad son complejos y multidimensionales, pero básicamente la mitología opera así: “los latinoamericanos son en esencia incapaces de realizar los valores de la democracia moderna, víctimas coloniales o pos-coloniales de sus propias pasiones, débiles política, científica y filosóficamente, lo que se traduce en irracionales e incapaces de agencia”.

La alternativa es, entonces, la violencia *for export*; la crisis y la actuación, en el borde del realismo mágico, de las clases políticas para el consumo de un pensamiento metropolitano “sinceramente consternado” y, en el extremo, en algunos casos, la romantización y, en otros, la franca invisibilización de algunos movimientos sociales que se niegan a asumir el melodrama como destino fatal, pero que con frecuencia son condenados por sus propios aliados metropolitanos a representar el papel de “último bastión de la pureza primitiva”.

De cara a la interculturalidad puede decirse que estos mecanismos operan en dos planos convergentes. En lo local, prolongan los dispositivos de estigmatización a través de los cuales las poblaciones latinoamericanas se reconocen a sí mismas y entre sí —el estigma, la marginalidad, la identidad deteriorada se aprenden, se hacen piel, mirada, práctica—, y en el plano de lo global, fortalece los argumentos excluyentes y ratifican el temor frente a ese otro exótico e irracional, ya que como dirían los críticos poscoloniales, “los nativos tienen existencia únicamente en virtud del reconocimiento metropolitano”.

Si la estrategia metropolitana de la colonia fue la de infantilizar, hacer sentir inferiores a sus sometidos otros, en la llamada sociedad de la información los dispositivos mediáticos de representación de la otredad latinoamericana dotan a la idea de inferioridad de “nuevas” metáforas y tropos que sólo contribuyen a ensanchar las asimetrías en el sistema de identidades vigente.

EMIGRANTES/INMIGRANTES, CATEGORÍAS BAJO SOSPECHA

Los estudiosos de la migración han venido señalando en los últimos diez años la radical transformación en el perfil del migrante latinoamericano. Del adulto masculino de 30 a 45 años que constituyó el grueso del contingente migratorio hacia Estados Unidos,¹ hoy son los menores de 24 años y las mujeres los que conforman el grueso de la población migrante.

El dato no es irrelevante en la medida en que no sólo señala la agudización de la crisis estructural latinoamericana que ha venido reconfigurando lo que —con un gran sentido crítico e irónico— la investigadora mexicana Mercedes González de la Rocha denomina “los recursos de la pobreza”,² y que se traduce en la diversificación de estrategias para sobrevivir, entre ellas la expulsión de mano de obra hacia otros países; además, este cambio recoloca, y esto es lo que aquí interesa más, el debate en torno a la ciudadanía.

Quizá el mayor dilema que enfrenta el concepto y la práctica de la ciudadanía está vinculado al incremento de los flujos de personas que se desplazan por todo el orbe en busca de condiciones de viabilidad. Hoy, la migración como opción o destino inevitable representa para los jóvenes latinoamericanos una alternativa fundamental,³ y no hay posibilidad de pensar la interculturalidad al margen de estos procesos.

Sabemos que la ciudadanía es una categoría histórica que ha sido construida hacia el interior de los espacios nacionales, lo que no deja de constituir hoy una gran paradoja ya que ésta permanece atrapada en la lógica de lo nacional mientras que el discurso económico y político alaba las virtudes del nuevo orden global.

La migración significa renunciar a las garantías —por más precarias que sean— derivadas de una ciudadanía anclada en el territorio de pertenencia y asumir los riesgos de construir

1. Que señalaba varias cosas importantes para esta discusión. En primer término, el migrante era fundamentalmente el “cabeza de familia” que buscaba en otro país las condiciones de reproducción para su grupo familiar en su país de origen; una cierta “estabilidad” en los patrones de estructura familiar permitía asignar al hombre adulto el papel de proveedor fundamental; las condiciones de la crisis latinoamericana permitían contar con uno o a lo sumo dos miembros de la familia en el exterior.

2. **González de la Rocha, Mercedes.** *The resources of poverty*, Blackwell, Oxford, 1994.

3. En el censo de 1990 levantado en Estados Unidos (véase la *Current Population Survey*, 1997) había un estimado de 566.297 jóvenes de 15 a 19 años de edad que provenían de algún país de América Latina, mientras que los jóvenes de 20 a 24 años sumaban 944.891 latinoamericanos y caribeños. La misma medición efectuada a partir del censo de 1980 señala que diez años antes, la población de 15 a 19 años sumaba apenas 257.050, y la de los del rango de edad que va de los 20 a los 24 años sumaba 484.063 jóvenes. Las cifras son elocuentes. El incremento de la migración juvenil latinoamericana hacia Estados Unidos, tanto de hombres como de mujeres, no puede desligarse de la crisis estructural que en América Latina se ha venido agravando a partir de la década de los noventa. A estos datos hay que sumar la inmigración “no documentada”.

LOS DATOS CORROBORAN QUE EN LOS PROCESOS DE MIGRACIÓN TIENDEN A REPRODUCIRSE LAS CONDICIONES DE MARGINACIÓN

un “expediente” adecuado para adquirir ciudadanía en la comunidad de destino. Si se apela de manera laxa a la teoría antropológica del ritual, pudiera decirse que bajo estos parámetros (los de la migración) la ciudadanía deviene condición subliminal (que no está en un lugar ni en un tiempo) para numerosos jóvenes que se ven obligados a hacer del tránsito una condición “estable” de vida: se deja de ser ciudadano con respecto a la comunidad de origen y no se logra(rá) ser ciudadano en la comunidad destino.

Los datos corroboran que en los procesos de migración tienden a reproducirse las condiciones de marginación y exclusión de la comunidad de origen a la comunidad destino. Los jóvenes cargan consigo las carencias de un conjunto de competencias (formales y simbólicas) que dificultan la afirmación de su ciudadanía, que resultará sumamente difícil remontar en los países a los que emigran.⁴

Si bien es cierto que el tema abre la pregunta en torno a la responsabilidad de los estados nacionales con respecto a sus poblaciones migrantes y su capacidad o incapacidad de maniobra para negociar con los países receptores, no es menos cierto que este asunto guarda una vinculación directa con los “nuevos” problemas para la agenda de investigación en comunicación.

La visibilización en el espacio público expandido en torno a la migración suele armarse sobre dos ejes paralelos que difícilmente convergen. De un lado, cuando se aborda la emigración se enfatizan las condiciones de carácter local que son la causa de la huida hacia el exterior: en general la pobreza, la violencia y la falta de futuro (objetiva y subjetivamente percibido), pero aislando estos problemas del contexto global; mientras que cuando se trata de representar la inmigración, los argumentos se centran por lo general en una perspectiva que criminaliza a las poblaciones migrantes.

En el marco de la cumbre de la Unión Europea, realizada en Sevilla —cuyo eje vertebrador fue la llamada inmigración ilegal—, el periódico *El Mundo*,⁵ al explicar un atentado con-

tra una pareja de colombianos en Madrid, decía: “crece la colombianización en algunos barrios madrileños”, y destacaba el deterioro en las condiciones de seguridad que para los españoles significaba la creciente inmigración sudamericana.

Y, por las mismas fechas, el mismo diario informaba del ataque a un bar de dominicanos por parte de un grupo de jovencitos españoles, que costó varias mandíbulas, brazos rotos y lesiones de gravedad a inmigrantes con permisos legales para trabajar. Los jovencitos eran representados en la prensa como eso, es decir, como jovencitos desorientados y, por lo mismo, violentos. Ninguna relación entre las dos notas y mucho menos ninguna relación con la discusión entre las naciones que integran el bloque de la Unión Europea.

Estos relatos que parecen anecdóticos son lamentablemente la constante; no constituyen hechos aislados sino la expresión de una atmósfera global que tiende a criminalizar a los migrantes y a convertirlos, mediante complejos dispositivos simbólicos, en los principales agentes del deterioro social, económico y cultural. Los cambios en el mundo a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 han agudizado el problema para las comunidades de migrantes que deben afrontar, además de las dificultades estructurales, el clima de hostilidad y sospecha en que los coloca su condición de no ciudadanos o de extranjeros peligrosos.

Es importante señalar que *september eleven* agudiza una situación que venía ya anunciándose desde finales de la década de los ochenta. Finalizada la guerra del Golfo, Estados Unidos levantó en la llamada “línea” (la frontera entre Estados Unidos y México) una gran muralla de metal que se hundió varios kilómetros en el océano Pacífico en la zona de Tijuana, construida con los desperdicios de las pistas de aterrizaje para aviones militares en Kuwait. El “bordo”, como llaman también los migrantes a la frontera, no es sólo una línea imaginaria sino una barrera física cada vez más militarizada, cuyo éxito reposa en la explotación del miedo al migrante.

4. A partir de los datos de la Encuesta de Población de 1997 en Estados Unidos, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL (véase Martínez Pizarro, Jorge. *Migración internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños. Protagonismo y vulnerabilidad*, población y desarrollo, 3, CEPAL, Santiago, 2000), indica que de la población total de inmigrantes de origen latinoamericano y caribeño, 27% vivía en condiciones de pobreza; entre los mexicanos el índice era superior (34%), seguidos por los centroamericanos y caribeños. Entre los sudamericanos se advertía una menor incidencia (15%), y presentaban una situación similar a la de los inmigrantes procedentes de otras regiones del mundo (Europa y Asia, principalmente).

5. *El Mundo*, Madrid, 22 de junio de 2002.

No sólo los partidos y los gobiernos de la Comunidad Europea han venido colocando el tema de la inmigración y la seguridad al centro de sus agendas político-electorales. En los tempranos noventa, el republicano Pete Wilson ganó por mayoría las elecciones que lo convirtieron en gobernador de California a través de lo que he llamado “la gestión política del miedo”,⁶ al apelar al terror —expandido por los medios de comunicación— de numerosos estadounidenses a los extranjeros ilegales.

En un efecto matrushka,⁷ los países latinoamericanos reproducen esta política migratoria con sus vecinos. La frontera sur mexicana se ha convertido en un “paso de la muerte” para los centroamericanos, guatemaltecos y salvadoreños, principalmente; Argentina incrimina a los inmigrantes bolivianos; los colombianos son sometidos a brutales humillaciones en el ingreso a diferentes países; los dominicanos son subempleados por los puertorriqueños, y éstos a su vez por los estadounidenses. Y la situación se repite al interior de los espacios nacionales con las poblaciones campesinas e indígenas que en un éxodo interminable buscan en las ciudades condiciones más favorables para la vida.

El tema no se agota en un asunto de agendas políticas, se inscribe en el plano de la cultura, esto es, en el horizonte de los dispositivos de producción y reproducción simbólica de la vida social. En la gramática de la guerra contra el inmigrante lo que está en juego no son las armas sino las representaciones, y los principales “proveedores” de representaciones son hoy los medios y las industrias culturales. Este nuevo orden fundado en la explotación del miedo al otro encuentra en la televisión, la prensa y la industria cinematográfica una caja de resonancia que provee la retórica, el ejemplo y la coartada para erosionar el terreno en el que se asientan, de manera precaria, los derechos humanos: “lo mataron, los golpearon, pero eran ilegales, eran apenas extranjeros, eran otros que no somos nosotros, así que no importa tanto”. No son las leyes o la ausencia de ellas lo más grave, ni siquiera las plataformas políticas de ciertos partidos o las estrategias de gobernabilidad, sino el clima de asentimiento cómplice, de la costumbre, de indiferencia frente a un orden

LA FRONTERA SUR MEXICANA SE HA convertido en un “paso de la muerte” para los centroamericanos, guatemaltecos y salvadoreños; Argentina incrimina a los inmigrantes bolivianos

nacionales, mientras que ciertas personas encuentran cada vez mayores obstáculos para “ingresar al mundo” en condiciones equitativas. La pretendida inocencia de los productos culturales frente a la culpabilidad *a priori* de los actores sociales es un asunto directamente vinculado a la producción de visibilidad.

Y la producción de visibilidad de la diferencia, que es un tema clave para la interculturalidad, es siempre una producción situada, esto es, la comunicación de la diferencia se produce siempre desde un lugar que establece los parámetros para pensar y calificar esa diferencia y dotarla de sentido: de atributos deseables o indeseables, de características que pueden ser convertidas en emblemas o en estigmas.

Si los medios de comunicación pueden ser pensados principalmente como dispositivos sofisticados de producción de visibilidad, ello nos llevaría a aceptar que estamos ante mecanismos emergentes de producción, acumulación y distribución de un “nuevo” saber clasificatorio que se traduce en un poder capaz de reconfigurar el pensamiento sobre el otro. El otro queda siempre interceptado por la fuerza de un imaginario

que se afirma a costa de negar al otro.

De qué interculturalidad estamos hablando, ¿de los miles de McDonald’s esparcidos por el globo, de Taco Bell, del tango-jazz, de rock-flamenco? Es indudable que la interacción y la fusión creciente entre productos culturales deviene fortalecimiento de la interculturalidad, pero no deja de resultar paradójico que los productos culturales logren transitar por los circuitos aceitados de una industria cultural de carácter global y logren atravesar las fronteras

6. Reguillo, Rossana. “Imaginarios locales, miedos globales: construcción social del miedo en la ciudad”, en *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, núm.17, Universidad Simón Bolívar, Caracas, 2001, pp. 47-64.

7. La matrushka es una muñeca rusa en la que caben varias reproducciones exactas de la muñeca madre de menor tamaño.

global mediatizado que redita y relabora la producción de la diferencia (situada). Es importante señalar que la expresión reconfigurar no es un mero recurso estilístico o preciosista de la lengua sino un denso significado que alude al reanclaje de los significados propuestos en viejos temores, es decir en esquemas aprendidos a través de largos procesos de sedimentación histórica. En otras palabras, la expansión del relato terrible sobre los emigrantes/inmigrantes —categorías bajo sospecha— se alimenta de un miedo aprendido, de una resistencia inoculada por los nacionalismos, los comunitarismos, los localismos exacerbados frente a ese otro diferente.

El principal desafío para la comunicación es volver visibles estos mecanismos, no basta con producir información sobre el funcionamiento de los medios o develar los desniveles la economía política de la comunicación, si al mismo tiempo no se desmonta el entramado cultural en el que esto se produce y se reproduce.

El espesor cultural de la tecnología⁸ y de la economía política no puede obviarse ni eludirse. La relativa o precaria —según se vea— estabilidad simbólica de la certeza de un nosotros frente al ellos, es un dispositivo de alma antigua, lo sabe la antropología, la psicología social y sobre todo la historia. Por ello, pretender la autonomía de la comunicación⁹ como campo de saberes es un despropósito mayúsculo además de una tarea imposible cuando todas las evidencias conceptuales y empíricas señalan que la alternativa para el siglo XXI es el pensamiento complejo, trasversal, fluido e interdisciplinario.

CONTRARRELATOS DEL VACÍO

El riesgo como elemento constitutivo y definitorio de la época no sólo puede ser aprehendido a través de la ausencia o el vacío de las instituciones, resulta fundamental colocarle al pensamiento sobre el riesgo el exceso, el desborde, el ruido, la emergencia de fuerzas y procesos que tienden a llenar el vacío dejado por la política, la razón, la utopía.

Frente a la progresiva disolución de la confianza, en América

Latina son tres las fuerzas emergentes que rencantan el sentido del mundo y que tienden a ocupar la centralidad de muchos de los procesos sociopolíticos y culturales en nuestras sociedades.

Esta emergencia guarda una vinculación estrecha con el tema de la interculturalidad en tanto configura “nuevos” referentes para la socialidad, es decir, para la sociedad a través de sus vínculos e interacción comunicativa. El poder creciente del narcotráfico, la aparición y poder de convocatoria de las neorreligiones o iglesias y la capacidad, en aumento, de la gestión sociopolítica ejercida por los medios de comunicación, constituyen tres poderosos referentes que, visibles pero en silencio, están reorganizando la percepción y la acción en torno al espacio público.

De manera esquemática intentaré colocar los argumentos que nos permitan pensar la importancia de estos procesos de cara al proyecto de una sociedad intercultural. En primer término, en lo que toca a la “cultura de la ilegalidad”, los datos son elocuentes. Se calcula por ejemplo que el narcotráfico global mueve en un año alrededor de 400 mil millones de dólares y, en contraste, la política global antidrogas invierte apenas 300 millones en su combate. La lucha es desigual, pero no estriba en su capacidad financiera —la mayor fuerza del narcotráfico— sino en su poder de penetrar las sociedades por arriba y por abajo; por arriba, una pinza perfecta que corrompe a las cúpulas políticas y empresariales, y por abajo, corroe los más elementales cimientos de la socialidad y recluta a “sus soldados” entre aquellos a quienes las opciones se les han acabado.

Si para numerosos jóvenes en la región vincularse a los circuitos del narcotráfico resulta una alternativa a considerar, es por la conjunción de dos factores que constituyen el tejido que da forma a la expansión de la cultura de la ilegalidad en estas geografías: de un lado la pobreza y la exclusión, de otro la corrupción y el relativismo ético en la que parece no existir ninguna cosa más mala que otra.

Como lo ha probado el trabajo de Alonso Salazar en Colom-

8. **Martín-Barbero, Jesús.** “Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación”, en Vassallo de Lopes, María Immacolata y Raúl Fuentes Navarro (comps.), *Comunicación. Campo y objeto de estudio*, IRESO/Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad de Colima/Universidad de Guadalajara, 2001, pp. 15-42.

9. En julio de 2002, José Marques de Melo se pronunció en Santa Cruz de la Sierra por la “autonomización del pensamiento comunicacional”, ni psicología, ni sociología.

bia¹⁰ y lo ha narrado de manera inmejorable la pluma de Fernando Vallejo en *La virgen de los sicarios*,¹¹ la cultura de los “sardinios”¹² acusa rasgos muy contradictorios entre el desprecio absoluto de la vida, incluida la suya propia, y una religiosidad popular arraigada que los lleva a pedir perdón y al mismo tiempo la bendición antes de cometer un asesinato.

Si los narcotraficantes Pablo Escobar, en Colombia, o Amado Carrillo —mejor conocido como “El señor de los cielos”—, en México, se han convertido en leyendas y lograron cada uno a su modo ganarse un lugar importante entre la gente, ha sido en buena medida porque la figura del gran capo del narcotráfico ocupa hoy el lugar que en la antigüedad representó el bandido social,¹³ situados en los márgenes de la sociedad, capaces de hacer la guerra contra el poder instituido y, al mismo tiempo, de invertir su prestigio y riqueza en la mejoría de las condiciones de vida de los más débiles. El narcotraficante ha sido convertido en una especie de héroe social, visto como alguien que sólo aprovecha la corrupción existente y es capaz de generar “alternativas” en un contexto de futuros inciertos.

Lo relevante aquí es que, para los jóvenes en situación de exclusión, el narcotráfico es una opción para volverse, aunque sea de manera momentánea, viable. Los narcocorridos, cuyo impacto en México y en Colombia en la cultura popular es alto, y recientemente el género conocido como cumbia villera en Argentina, son expresiones culturales que hablan de la consolidación de una forma de entender el mundo y de otra manera de buscar caminos para la inclusión.

No es desde el prejuicio ni desde la condena moral como puede entenderse la relación entre identidades y cultura de la ilegalidad. Se trata de nueva cuenta de colocar el análisis de forma relacional y sin concesiones para un orden social que agudiza las brechas y las contradicciones.¹⁴

EL ESPESOR CULTURAL DE LA tecnología y de la economía política no puede obviarse ni eludirse

Atrapados por la moralidad puritana de lucha frente a las drogas exportada al mundo por Estados Unidos, el debate social visibilizado en y desde los medios de comunicación latinoamericanos, centra su puntería culpabilizadora en el consumo, ignorando, en términos generales, el empoderamiento creciente de una fuerza que erosiona el piso de una institucionalidad cada vez menos capaz de contener la crisis y de ofrecer un mínimo de certezas.

Aunado al narcotráfico como una “propuesta cultural” de impactos insuficientemente estudiados, puede ubicarse también la explosión de ofertas religiosas a la carta, fenómeno importante y multidimensional que va de las técnicas oraculares, las terapias holísticas al nuevo *boom* de la literatura de autoayuda. La visibilidad creciente de este tipo de ofertas con su parafernalia de discursos, productos y rituales, señala la intensidad con la que se busca dotar de sentido (trascendente) a una realidad desconcertante. En otras palabras, si en los comienzos del siglo xx se desencantaron las formas religiosas del mundo, en los albores de este siglo lo que se desencanta son las formas políticas del mundo y se produce un rencantamiento por la vía de lo mágico-religioso.

Pero esta búsqueda de sentido, que es una condición constitutiva de lo humano, en el contexto actual es también la expresión de un desconcierto, de un malestar, que se está convirtiendo en territorio fértil para la operación de grupos de nuevo signo religioso que bajo la promesa de un futuro mejor y de respuestas son capaces de captar y cooptar las voluntades

10. Salazar, Alonso. *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, CINER, Bogotá, 1990.

11. Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*, Alfaguara, Madrid, 2001.

12. Los colombianos llaman “sardinios” a sus jóvenes.

13. Hobsbawn, Eric. *Bandits*, The New Press, Nueva York, 2000.

14. Según los indicadores de desarrollo humano (*Informe sobre Desarrollo Humano 2001*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nueva York), en Latinoamérica y el Caribe, una persona necesita diez años de escolarización para tener una probabilidad de 90% de no caer en la pobreza o salir de ella, y sabemos, tanto por la investigación empírica, los noticieros y la gran cantidad de informes que se producen cada año sin que nada parezca cambiar de manera sustantiva, que las matrículas en la región tienden a achicarse (en Bolivia, Ecuador, Haití, Honduras, Trinidad y Tobago, Colombia, Panamá), lo que significa en términos gruesos que entre 48% y 64% de los jóvenes de la región están viendo restringidas objetivamente sus oportunidades futuras.

sociales. Las neoreligiones han encontrado en estas geografías fracturadas una reserva natural para ganar nuevos adeptos. El tema fuerte, en todo caso, no es el de la pérdida de hegemonía de las iglesias históricas sino la expansión de un discurso que convierte al individuo en el epicentro de lo real y desactiva el compromiso y la responsabilidad social.

En la “atmósfera terapéutica” el contexto se carga de una pesada e itinerante búsqueda de alternativas de “sanación”; de un lado el eficientismo y de otro los afanes de reducción de vulnerabilidad, se encuentran en un lenguaje simplificador que deriva, en lo general, en fórmulas y recetas para atajar la incertidumbre que deja a su paso el estallido en todos los órdenes de la vida social, y amenaza desde diferentes flancos el precario equilibrio de una vida demasiado incierta. El “pensamiento *bullet*” le ha llamado Eliseo Colón¹⁵ —yo le llamo “el decálogo para el bien vivir”—, los pasos que habrán de convertirnos en más felices, más eficientes, más sanos, más inteligentes, más competitivos, menos vulnerables, menos “malos” y que hoy, pese a la llamada modernidad reflexiva, nos recoloca —¿inevitablemente?— ante un orden binario del mundo: bueno-malo, salud-enfermedad, legítimo-ilegítimo.

Con relación al paisaje mediático, los *talk shows* son un analizador inmejorable de esta atmósfera terapéutica. Expresión y síntoma de la necesidad de una narrativa testimonial en primera persona que opera en dos planos simultáneos: de un lado el énfasis en una estética del sufrimiento, y de otro la minimización de la responsabilidad del sujeto político. Esto es, “no hay crisis social sino patologías individuales”, “todo se resuelve con la voluntad de confesar y el perdón de las audiencias”.

Y, finalmente, una tercera fuente de referencias fundamentales para la vida contemporánea la constituyen los medios que vienen llenando el vacío dejado por las instituciones políticas.

Frente al descrédito de los partidos políticos (y en particular

CON RELACIÓN AL PAISAJE

mediático, los *talk shows* son un analizador inmejorable de esta atmósfera terapéutica

de una invisible opinión pública para impulsar o frenar ciertos procesos y proyectos sociales. Y tanto las llamadas encuestas de opinión y algunos otros estudios serios señalan que la gente considera más confiable el discurso de los medios que el de las instituciones oficiales, más confiables a los periodistas que a los políticos y, sobre todo —y aquí lo más peligroso—, se asume que los medios son espacios neutros dotados de una altísima legitimidad para representar los problemas y los debates nacionales.

Por supuesto esto no es homogéneo, pero los contraejemplos, es decir, la resistencia frente a unos medios todopoderosos, han costado caro a ciertos movimientos sociales¹⁶ que son invisibilizados o constantemente cuestionados por esos espacios corporativos que controlan el espacio público. Muchos de estos movimientos terminan por ser rehenes de la fotografía que los medios construyen sobre ellos y devienen reacción y no acción política.

Pero aquí lo importante es argumentar que verosimilitud, confiabilidad y legitimidad —tres elementos sustantivos para un espacio público vigoroso y democrático— son hoy atributos de los medios y no de la institucionalidad política.

Por supuesto, puedo acudir a múltiples relatos latinoame-

de los políticos), los medios (en especial la televisión) crecen en legitimidad y credibilidad “política”, al extremo de que en el caso de varios países latinoamericanos: México, Argentina y Colombia, se han convertido en espacios fundamentales de gestión política. La televisión, por ejemplo, a nombre de un poder autodelegado la mayoría de las veces, se apodera de la representatividad

15. Colón, Eliseo. “Pensar las discursividades. Sociedad de la información y sus nuevas redes discursivas. El caso de la neo-televisión y sus prácticas simbólicas”, en *Diálogos de la Comunicación*, núms. 59-60, FELAFACS, Lima, octubre de 2000, pp. 232-253.

16. Algunos indicadores empíricos de esta afirmación, lo constituyen en México el movimiento zapatista, cuyo éxito mediático viene del exterior y de los circuitos no controlados por los monopolios informativos; está también el caso de los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Comité General de Huelga (CGH) que, más que por el gobierno, fueron encajonados por la prensa. Y los casos menos espectaculares de los maestros, los jubilados, los campesinos y deudores de la banca.

ricanos o globales para “documentar el pesimismo” —como diría Carlos Monsiváis— con respecto a la posición estructural que ocupan hoy los medios, pero lo que más interesa es destacar que este proceso (el de unos medios que sustituyen a las instituciones) constituye —sin avanzar ningún juicio de valor— el piso en el que los ciudadanos construyen, alimentan e intercambian su noción de lo público, así como el país y el mundo imaginado. Y el país y el mundo que caben en los medios son reflejos, salvo pruebas en contra, simplificadores, binarios y atemorizantes.

Que la cultura de la ilegalidad se expanda y con ella la relativización de la vida y la muerte; que se fortalezca el discurso facilista del “sálvate a ti mismo” que pregonan las neorreligiones, y que los medios tengan el poder de veto sobre los ejes en disputa para definir los proyectos sociales, no son temas ajenos a la interculturalidad.

Estas tres fuerzas-referentes abrevan, para fortalecerse, en una fuente común: el debilitamiento de lo público, la disolución de la vocación solidaria y la pérdida de la capacidad autogestiva y crítica.

Sin un espacio público capaz de dar cabida a la diferencia, sin capacidad de asombro e indignación frente a la suerte del otro, sin posibilidad de disentir, la interculturalidad es retórica vacía, discurso políticamente correcto para los agentes e instituciones políticas a quienes se les agotan rápido los temas de conversación con la sociedad.

INTERCULTURALIDAD: HACIA UNA POLÍTICA DE LA REPRESENTACIÓN

La historia, la política, la economía y la cultura nos han enseñado en América Latina la imposibilidad de pensarnos a nosotros mismos al margen del mundo. Las utopías latinoamericanas han fracasado cuando han intentado elevar a verdad de sangre y fuego la narrativa de una Latinoamérica autosuficiente y en guerra perpetua contra lo exterior. Nuestros mejores momentos, paisajes, músicas, leyendas y sueños

vienen en cambio de la mezcla, de la apertura, del reto que siempre implica asumir al otro.¹⁷

No puede ignorarse la complejidad derivada de un mundo en el que se ensancha el espacio público, las migraciones que aumentan conforme disminuyen las condiciones de viabilidad por la pobreza y la violencia y tampoco puede eludirse la reflexión en torno a lo local-comunitario que, más allá de sus rasgos salvíficos, puede realmente constituir un espacio para el desarrollo de la agencia humana y para revitalizar las preguntas en torno a la visibilidad del otro y de lo otro.

Estos mismos elementos aunados al gran poder tecnológico acumulado, pese a su distribución desigual, comportan gérmenes de cambio. La internacionalización del espacio público ha representado en el trascurso de la última década un mecanismo político fundamental para el impulso de las democracias y de los derechos humanos.

La interacción creciente entre culturas diversas no sólo es portadora de conflictos, son numerosos los grupos sociales que entienden que la diversidad es un antídoto contra el estancamiento y la muerte. La pregunta por el otro adquiere los contornos de una renovada urgencia. Ha de ser una pregunta guiada por el respeto y ha de ser, sobre todo, una pregunta decididamente contemporánea, es decir, que no apele a la historia lineal como coartada inmovilizadora y sea capaz de incorporar los “datos” del contexto.

La tarea es cultural y política, es decir, es un proyecto intelectual que demanda combatir desde las trincheras del pensamiento “las doxas” o el pensamiento consagrado y nunca reflexivo; verdades irrefutables y nunca cuestionadas que, como “fantasmas sociales”, están ahí sin ser vistas y son el principal obstáculo para el pensamiento libre. En el fondo la complejidad radica en que, tratar de comprender el poder de las representaciones, exige comprender nuestras propias representaciones del poder.

Comunicación intercultural es, sobre todo, avanzar una política de representación de la otredad, una en que la diferencia deje de ser relato amenazante y pueda ser asumida como la condición para hacer viable el proyecto social del siglo XXI. ■

17. Y artífices de la apertura y de las mezclas en un sentido denso, son muchos, pensadores incansables de lo latinoamericano en el mundo, del mundo en Latinoamérica, del mundo: Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini, Renato Ortiz, Aníbal Ford, Guillermo Orozco, Raúl Fuentes, Rosa María Alfaro, María Cristina Mata y toda una nueva generación de pensadores y hacedores de la comunicación que desde la precariedad latinoamericana se esfuerzan cotidianamente por construir andamiajes teóricos, estrategias metodológicas, análisis culturales y políticos que, sin renunciar a la denuncia, buscan restituir sin mesianismos un sentido de crítica a la comunicación.



CALACAS CON FLORES. TEMPLE Y ANILINAS NATURALES SOBRE PAPEL DEL CHINA,
Colección Familia Reyes.